

AGENDA CIUDADANA

TODA POLITICA HACIA CUBA ES TAMBIEN HACIA ESTADOS UNIDOS

Lorenzo Meyer

Una Hipótesis.- Para México y desde el inicio de su vida independiente, las grandes decisiones respecto de Cuba siempre han sido parte de una relación externa mucho mayor: la relación de nuestro país con terceras naciones cuyos intereses abarcan tanto a México como al Caribe. La actual crisis cubano-mexicana no es una excepción a esta regla sino al contrario, la confirma. En efecto, este consciente de ello o no y quiéralo o no, la decisión del actual gobierno mexicano de llamar a su embajadora de México en La Habana y expulsar al embajador cubano ante nuestro país, es una forma indirecta pero muy importante de redefinir la relación que México tiene hoy con la principal potencia mundial: con Estados Unidos. Desafortunadamente, no hay ninguna claridad respecto a cual es el gran objetivo, el gran diseño de la política exterior mexicana y que papel juega, dentro de ese marco, la cuasi ruptura con el gobierno y el régimen cubanos y que le ha ganado al gobierno de Vicente Fox la felicitación del secretario de Estado norteamericano, Colin Powell.

Una ojeada a la historia de la política mexicana hacia Cuba muestra con claridad meridiana que rara vez nuestra política hacia la isla ha sido motivada por razones que tienen que ver exclusivamente con Cuba, sino que el intercambio político con la mayor de las Antillas le ha servido a México para desarrollar su relación hacia terceros, en particular hacia España en el inicio del siglo XIX e inmediatamente después hacia la potencia dominante en la región: Estados Unidos. La pregunta realmente pertinente en este momento y que debería ser contestada por los responsables de las relaciones internacionales de México no es la obvia ¿por qué ha estallado ahora la crisis entre México y La Habana y que efectos tiene en la relación bilateral? sino ¿cuál es la política de Vicente

Fox hacia Estados Unidos y cuales son las inevitables consecuencias del distanciamiento que se ha dado entre los gobiernos mexicanos, desde Ernesto Zedillo hasta Fox, y el régimen cubano en la relación central de México: la que tiene con Washington?

El Marco Histórico.- En la época colonial, el comercio entre la Habana y Veracruz era estrecha, importante y constante. La independencia cambió la situación y mucho, pues de pronto Cuba se convirtió en una amenaza para la seguridad de la nueva nación mexicana. En efecto, de la cercana isla podían partir las fuerzas españolas que intentarían la reconquista. La gran fortaleza de San Juan de Ulúa, mientras permaneció en poder de los españoles, fue abastecida desde Cuba y en 1829 el brigadier español Isidro Barradas zarpó de ahí al frente de una fuerza expedicionaria para intentar retornar a México a su condición de colonia. La derrota que entonces sufrieron los españoles no acabó con la amenaza que representaba Cuba para la integridad mexicana. Cuando a mediados de 1860, y como resultado de la inestabilidad mexicana, el representante español Joaquín Francisco Pacheco, decidió castigar “ejemplarmente” al México liberal para obligarle a respetar los derechos de la colonia española en México, se propuso usar las fuerzas navales españolas estacionadas en Cuba. Si finalmente su amenaza no se materializó –el bombardeo de Veracruz--, fue menos por falta de voluntad y más por falta de medios militares españoles en Cuba.

Las guerras de independencia cubanas fueron vistas con sentimientos mezclados por México. Por un lado los mexicanos simpatizaban naturalmente con los insurgentes cubanos, pero con el correr del tiempo se temió que la derrota de los españoles en la isla no se tradujera en mayor seguridad para México sino en todo lo contrario, pues el vacío dejado por la vieja potencia colonial europea iba a ser llenado por una potencia emergente y peligrosamente cercana: Estados Unidos. Fue justamente el temor a una Cuba

norteamericana lo que provocó a fines del siglo XIX una campaña en la prensa mexicana para convencer a España que cediera la soberanía de Cuba a México pues así quedarían servidos los intereses de Madrid y México. Esa misma razón que explica que el gobierno de Porfirio Díaz decidiera en 1898 apoyar secretamente a los españoles en Cuba para que adquirieran en nuestro país bienes necesarios para la defensa de Cuba durante la guerra hispano-americana. El auxilio mexicano no fue de mucha utilidad, pero Díaz corrió un gran riesgo al autorizarlo.

Al inicio del siglo XX, la geopolítica mexicana era realmente difícil: al norte, la gran potencia, al sur, en Centroamérica, también la gran potencia pues el control norteamericano sobre la región, de Panamá a Guatemala, era indiscutible y en el Caribe, una vez más, la misma gran potencia, pues el dominio norteamericano sobre Cuba, Haití Dominicana y Puerto Rico, era indiscutible. Finalmente, en el ancho Pacífico, en Filipinas y Hawai, también los Estados Unidos. En esas condiciones, casi cualquier cosa que aflojara el estrecho abrazo norteamericano iba a jugar a favor del interés nacional mexicano.

Durante la primera etapa de la actividad política de Fulgencio Batista en Cuba, en los años treinta, el gobierno mexicano vio con simpatía los rasgos nacionalistas del militar que había sido clave en la deposición del odiado dictador Gerardo Machado, pero perdió interés cuando Batista, a su vez, se convirtió en un dictador caribeño corrupto más al servicio de Estados Unidos. Desde luego que en México siempre hubo grupos de cubanos fraguando planes para derrocar a diferentes gobiernos en la isla; a veces recibieron la tolerancia y apoyo del gobierno mexicano y otras no. Cuando la revolución encabezada por Fidel Castro triunfó en 1959 –revolución que en sus inicios utilizó el territorio mexicano para prepararse--, México encontró en el nacionalismo revolucionario cubano un elemento interesante, una posibilidad de aflojar el cerco norteamericano. Por ello, los gobiernos

priistas, de Adolfo López Mateos a Carlos Salinas, todos ellos más o menos anticomunistas y más o menos de derecha, no rompieron relaciones con la Cuba socialista como si lo hizo el resto de América Latina, ya fuese por decisión propia, forzados por Washington o por una combinación de ambos factores. México jugó la carta cubana únicamente en el aspecto político, pues en términos económicos el comercio de nuestro país con la isla fue y es insignificante y cuando las crisis de la Guerra Fría lo pusieron entre la espada y la pared, como fue el caso durante la “crisis de los misiles” de 1962, simplemente se plegó a la posición del más fuerte, de Estados Unidos, pero sin romper con Cuba.

La utilidad de Cuba al interés del gobierno mexicano fue doble. Logró que la Cuba socialista nunca apoyara a los movimientos rebeldes en México y uso su relación con La Habana para darle credibilidad a su gran proyecto de política exterior: el nacionalismo revolucionario, es decir, la idea de una independencia relativa frente a Estados Unidos.

El Cambio.- La aprobación del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) en 1993 significó un cambio fundamental en el desarrollo mexicano. El viejo nacionalismo perdió la poca vitalidad que le quedaba, pero no fue sustituido por algún nuevo proyecto que diera unidad y sentido a lo que ha sido una serie de políticas discretas frente a Estados Unidos y el resto del mundo que no muestran unidad o ser parte de un patrón claro. Así, la integración material con Estados Unidos avanzó a pasos agigantados pero sin haberse resuelto el problema de la migración de la mano de obra. De tarde en tarde México ha tomado decisiones políticas que parecieran buscar una cierta distancia frente a Washington, como fue su actitud en el Consejo de Seguridad de la ONU en vísperas de la invasión norteamericana de Iraq. Como sea, en ningún momento se ha presentado la gran idea que anima al conjunto de decisiones mexicanas frente a su entorno externo.

Zedillo, en las postrimerías del régimen priísta, decidió ahondar la distancia entre un México enmarcado por el TLCAN –criticado por Fidel Castro en diciembre de 1998-- con una Cuba que mantenía su conflicto a fondo con Estados Unidos y donde el régimen se obstinaba en vivir en un tiempo político distinto del resto de América Latina: uno de partido único, caudillismo y control estatal de la economía. Es a partir del cambio de régimen en México en el año 2000 que el presidente Fox y su canciller, Jorge Castañeda, usaron el tema de los derechos humanos en Cuba –tema en donde, sin duda, el régimen de la isla está en grave falta— para contrastar favorablemente la evolución mexicana del autoritarismo a la democracia con el estancamiento autoritario cubano.

La política exterior mexicana bajo Fox tiene un centro u objetivo prioritario muy claro: darle al TLCAN el pedazo que le ha faltado desde el principio: unir al libre intercambio de mercancías y capitales, el libre flujo de la mano de obra, siguiendo el modelo europeo de integración. Y para lograr tal fin, el gobierno mexicano decidió jugar la carta cubana, es decir, romper con el pasado y acercarse de manera indirecta a Estados Unidos. Para ello, Fox en su visita de 2002 a Cuba se reunió con un grupo de disidentes cubanos lo que fue muy mal visto por el gobierno de La Habana. Inmediatamente después vino el incidente de la Cumbre de Monterrey donde México maniobró para que la visita de Castro fuese lo más corta posible como una cortesía al presidente norteamericano que no deseaba estar bajo el mismo techo con Castro. Acto seguido, México se unió dentro de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas a la posición norteamericana de condena al régimen cubano por su violación sistemática de los derechos humanos.

De ahí en adelante todo es deterioro y recriminaciones que culminan cuando el azar o la decisión de alguien aún desconocido pone al empresario Carlos Ahumada, centro de un escándalo político en México, que pone de relieve las pugnas internas mexicanas de

cara a la sucesión presidencial del 2006, en manos de Fidel Castro. Lo que sigue es demasiado conocido como para consignarlo aquí y sólo vale la pena anotar que el gobierno cubano juega muy bien su carta y de manera harto inteligente le propina al gobierno de Fox un buen golpe al poner a Ahumada en manos de una fuerza política rival. La reacción mexicana es inusual: la expulsión del embajador cubano.

Conclusión.- Hay al menos dos líneas para explicar la actual política de México hacia Cuba, y ninguna es muy tranquilizadora. La primera es que el presidente y su gabinete encargado de la política exterior, decidieron dar un paso más en el distanciamiento de México frente a Cuba justamente en el momento en que Washington anuncia que va a endurecer su bloqueo contra la isla para “acelerar el fin de la dictadura”, aplicando un plan que entre otros puntos contempla un mayor esfuerzo por unir a otros países a la posición norteamericana. Desde esta perspectiva, concientemente México se acerca a Estados Unidos en su etapa de gran imperio global y acepta y busca estrechar el abrazo norteamericano.

La otra interpretación es la que da el secretario Creel “en este momento nuestro foco de atención es el gobierno cubano y nadie más”. Desgraciadamente este simplemente no puede ser el caso, porque cualquier acción mexicana frente al gobierno cubano tiene que terminar topándose con las acciones del gobierno norteamericano. Es posible que el gobierno mexicano, irritado en extremo por los desplantes del presidente cubano, decidiera escalar la confrontación para castigar a la dirigencia cubana y de paso asociar a sus adversarios internos –el PRD-- con la Cuba antidemocrática, pero sin proponérselo dio también un paso en la reformulación de la posición mexicana frente a Estados Unidos. En este caso, Fox, por querer salirse del juego con Castro cayó directamente en lo que el ex jefe

de la sección de intereses de Estados Unidos en La Habana, Wayne Smith, resumió así: “los mexicanos están jugando el juego de Estados Unidos en esto.” (La Jornada, 4 de mayo)

En suma, antes de intentar hacer una jugada internacional a varias bandas con Cuba, el gobierno de México debió de tener clara --y dejar en claro-- su “plan maestro”, que no puede ser otro que la definición de la relación de largo plazo que se quiere y se debe tener con Estados Unidos.

P. D. Un abrazo solidario, mío y de mi familia para Víctor Trujillo y su familia.